

# Arreola, personaje y mito

RAFAEL RODRÍGUEZ CASTAÑEDA |

---

## Resumen

Juan José Arreola hizo un mito de sí mismo. En el foro teatral, el aula y el trato amistoso alternaba conductas rutinarias y extravagancias que revelaban su singularidad y genio. El siguiente texto ilustra esta aseercción con dos facetas de Arreola que se regían bajo la misma exigencia de belleza: el editor y el artesano del lenguaje. Al editar libros y revistas, trazó cajas verticales y márgenes generosos; compuso la presentación gráfica de los textos dosificando itálicas y versalitas con la mesura de quien condimenta un guiso exótico, y eligió papeles por su textura, peso y color, con sensualidad en la yema de sus dedos. Fue un hablador, declamador, conversador, que conocía las propiedades etimológicas, sonoras y rítmicas de las palabras.

**Palabras clave:** Artesano, belleza, editor, espíritu, Mester, Los Presentes, Libros del Unicornio.

## Abstract

Juan José Arreola created a myth of himself. On the stage, in the classroom and in his friendly treatment of others, he alternated between typical routine behavior and an extravagance of manner that revealed his uniqueness and genius. The following text illustrates this assertion, focusing on two of Arreola's facets governed by the same requirement of beauty: editor and artisan of language. When editing books and magazines, he drew vertical boxes and generous margins; he composed the graphical presentation of the texts, using italics and small caps with the restraint of one who seasons an exotic stew, and he chose paper for its texture, weight and color, with sensuality on his fingertips. He was a speaker, declaimer, and conversationalist, who knew the etymological, sonorous and rhythmic properties of words.

**Keyword:** artisan, beauty, editor, spirit, Mester, Los Presentes, Libros del Unicornio.

**Para citar este artículo:** Rodríguez Castañeda, Rafael, “Arreola, personaje y mito”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 51, semestre II de 2018, UAM-Azcapotzalco, pp. 167-172.

**Q**uienes conocimos a Juan José y ahora hablamos sobre él, ¿en qué medida contribuimos a mitificarlo cuando Arreola hizo un mito de sí mismo?

Supongo que comparto con un número no muy extenso de personas la experiencia de haber convivido con el Maestro una insólita variedad de momentos. Como discípulo y espectador lo escuché declamar en español y en francés; leer con acierto, en el tono y el tempo precisos, poemas y cuentos que conocía, igual que textos a primera vista; representar personajes, dar clases de literatura y examinar alumnos de teatro. Presencé sus disecciones y análisis de taller; sus espléndidas improvisaciones ante las cámaras de televisión y conferencias en México y el extranjero.

La amistad de Juan José me deparó innumerables dones, entre ellos, el placer de jugar con él ajedrez y dominó; compartir tinto, oporto y moscatel de Málaga, así como las quesadillas que preparaba Sara, su esposa; verlo persuadir al tendero de la esquina para que le siguiera fiando y argumentar confidencias familiares para conseguir un préstamo ante una ventanilla de la seguridad social. Lo acompañé mientras vivía los angustiosos trances de ingresar y superar la agorafobia; anduvimos juntos en múltiples viajes a la Ciudad Universitaria (*Yo voy a la Universidad por Patriotismo, no por Revolución*<sup>1</sup>), a los estudios de grabación y a las librerías. Vi su mirada de lince al jugar ping pong y su inverosímil placidez al dormir una siesta, acurrucado en un banco de piano. Estuve allí cuando afrontó desamores, confesó sus formas de sufrirlos y los convirtió en literatura, y cuando limpió de un manotazo una mesa poblada de herramientas para impresionar a un par de muchachas. Me tocó verlo discutir y llenarse de ira, así como admirar y deleitar la belleza. Toda forma de belleza; obras de arte y creaciones naturales, luces y contrastes, flores y mujeres —sobre todo. (Me confié el fichero de sus conquistas cuando la cuenta iba en 63).

Sin la menor pretensión de ser exhaustiva, la anterior baraja de conductas rutinarias y de extravagancias revela su singularidad y genio. En tan variadas circunstancias Juan José fue un ser igualmente intenso. Su autenticidad mara-

<sup>1</sup> Declaración enfática al taxista, que insistía en ir de la colonia Cuauhtémoc a CU por la avenida Revolución.

villaba, y al mismo tiempo, dejaba la impresión de verlo como actor de su propio personaje. Esta plurivalencia lo convertía en figura mítica.

Un juego de ajedrez, por ejemplo, lejos de ser el ritual donde dos silenciosos oponentes devanan intrigas y urden combinaciones de ataque, se convertía en asunto poliédrico. Mientras decidía su siguiente jugada, al agudo rival que era Juan José, se sumaba el inspirado declamador de versos memorables y refranes pueblerinos, o el gracioso delirante de frases eufónicas que derivaban en obsesivas variaciones. El juego ancestral y siempre nuevo también desataba su pasión enciclopédica. Una pieza Staunton en sus manos brillaba como obra memorable de la artesanía; una simple muesca en el cuello de un caballo motivaba conferencias instantáneas. Como buen artesano, miraba a los seres y a los objetos del universo con mirada microscópica. Así apreciaba cualidades, texturas y valores que nadie había descubierto. Lo sabemos porque lo escribía, o bien, lo decía con admirativo entusiasmo.

Salvo cuando él mismo ocupaba el centro del escenario, Juan José observaba. Si apuntaba la atención en algo preciso, un ser, un rasgo de conducta o expresión particular, procuraba esconderse. No en balde, el epígrafe del *Confabulario* es la adaptación de un verso de Pellicer: "...mudo espío / y alguien inmóvil y voraz me observa".<sup>2</sup> (Pellicer, 1969:138) Así se comportaba, digamos, en una de las casas que ocupó sobre

Río Guadalquivir, en la colonia Cuauhtémoc: escudriñaba tras la sombra de las persianas a ver quién tocaba la puerta, antes de abrir o decidir que "no estaba".

Del desordenado universo de impresiones y recuerdos que suscita el centenario de su nacimiento, me limitaré a referir dos facetas de Juan José Arreola: el editor y el artesano del lenguaje.

### Arreola, editor

La vocación artesanal de Arreola se perfiló bajo el influjo de los artistas manuales que había en su familia. *El espíritu se aloja en las cosas bellas* —decía—. Y desde luego, para Juan José, el placer de descubrir la belleza y el de fabricarla eran semejantes.

Aprendió múltiples oficios mediante la práctica o la embebida observación. Como lo prueban algunas de sus confabulaciones, conocía sutilezas de la carpintería, la herrería y la agricultura; sabía de tintes, pegamentos y ensamblajes. *Mis juegos infantiles fueron las artesanías. Siempre estábamos armando y desarmando, construyendo y destruyendo.*<sup>3</sup>

En el ámbito de la alquimia conocía técnicas de encurtido y cristalización para elaborar dulces y compotas. Y practicó, quién sabe cuándo ni cómo, una insospechada variedad de métodos para jaspear y cambiar el aspecto, consistencia y color de pieles

<sup>2</sup> Carlos Pellicer, "Nocturno III", en *Primera antología poética*, México, 1ª ed., FCE, 1969 p. 138. (Col. Popular, núm. 35)

<sup>3</sup> Cita de la conversación de Arreola con Federico Campbell en Federico Campbell, *Conversaciones con escritores*, México, SepSetentas (núm. 28), 1972. Está reproducida también en <<http://literalmagazine.com/juan-jose-arreola-el-ajedrez-y-el-ping-pong/>>.

y maderas, metales y papeles. Sabía de memoria recetas de conserva, tratamiento y transformación de cosas. Conocimientos inútiles hoy, sea porque los ingredientes esenciales ya no se consiguen o porque la industria del plástico, las síntesis epóxicas y los pelets sepultaron la noción elemental de los materiales primos y transformaron la actitud y manera de pensar de los artesanos. *Nunca he dejado de lamentar en el mundo de ahora la falta de aplicación de la mano a la materia, que en cierto modo es implantación del espíritu a la materia.*

Literatura aparte, Juan José poseía el don de transmitir también el amor por los objetos artesanales que salían de las imprentas y talleres de encuadernación. Después de admirar y cachondear un bello libro, era capaz de ponderar el procedimiento que había seguido el maestro encuadernador y decir a qué estilo obedecía, según el uso y tratamiento de telas, piel y cartón.

Así, bajo el mismo canon estético que exigía belleza en las obras de arte y en las partidas de ajedrez, se convirtió en editor. Arreola determinaba cuerpos e interlínea, según la imagen que se conformaba *a priori* de la revista o el libro encuadernado. Siempre trazó cajas verticales y márgenes generosos, en proporción con el formato. Cuidar la edición implicaba revisar con celo cada página, desde la primera palabra hasta el colofón.

Juan José sabía además componer la presentación gráfica de los textos. Exactamente eso que ahora se llama *diseño gráfico*. Cuando surgió *Mester*, la revista del taller que condujo entre 1964 y 1965, habló del decoro a que debiera aspirar toda publicación de Literatura. Eligió la tipografía romá-

nica de la portada con el mismo cuidado que la viñeta del escriba dedicado al mester de clerecía. Hay que ver los índices cuya tipografía marcaba, dosificando itálicas y versalitas con la medida de quien condimenta un guiso exótico.

Para editar *Los Presentes* y los *Libros del Unicornio*, también prefirió tipos con *serif*, ya fueran Baskerville, Bodoni o Garamond. Supervisó el orden y la pulcritud de aquellas composiciones, que procedían de un linotipo, aparato hoy en desuso. Juan José no vivió lo suficiente para conocer la plasticidad de los procesadores de texto, comunes en nuestros días. Lo habrían fascinado. Pero entonces se precisaba la complicidad y paciencia de un tipógrafo e impresor, como la que Arreola obtuvo en la persona de don Manuel Casas.

Durante la edición había otro momento quimérico: la hora de elegir el papel. Ante la textura, peso y color de los papeles, Juan José exhibía una debilidad sensual como si se tratara de la desnudez femenina. Le brillaban los ojos. La levedad y tersura del papel biblia, las estrías de los fabrianos y el borde irregular de los pliegos intonso resultaban irresistibles a la yema de sus dedos. Se demoraba en acariciar las superficies, al tiempo que improvisaba agitados poemas. Cada pliego de los muestrarios que tuvo en sus manos debió inscribir, como un elogio, su idea de convertirlo en página de libro. Y como la piel apetecida, si la ilusión resultaba prohibitiva para el presupuesto y los costos vedaban el placer de imprimir caracteres de poesía sobre papeles tan lujosos, su gesto posterior languidecía entre el deseo frustrado y la resignación. No obstante, en sus

años de editor, hoja por hoja, página tras página, Juan José dejó impresa y encuadrada su elegancia.

## Arreola, artesano del lenguaje

En los labios de Arreola, el lenguaje era un alcohol. *El lenguaje es un instrumento del espíritu*. Si por un momento fuera posible distraerse de su literatura y atender solamente el tratamiento que daba a las palabras, en el eco de su voz quedaría una esencia iridiscente.

Hablador, declamador, conversador, oficiante de la palabra, sublime artífice, hacedor. Arreola era eso y más. Ejercía la magia excepcional de transformar el pensamiento más sutil en discurso de frases musicales y perfectas. Sabía encantar, como flautista de Hamelín sin flauta, tan sólo con decir. Conocía las propiedades etimológicas, sonoras y rítmicas de las palabras. Detectaba la eufonía y musicalidad de las sílabas, particularmente en nombres de otro idioma. Durante una época le atrajeron particularmente las voces del rumano: Calinescu, Celibidache, Ionescu, Lipatti. Pronunciaba y saboreaba nombres como caramelos. Escandía versos sin usar los dedos. *El octosílabo es el verso natural del español*. Y aparte de los corridos, llevaba en el alma y a flor de labios versos de López Velarde y de Darío como unidades métricas de validez universal.

A la hora de enseñar, establecía la distinción entre la lengua hablada y la lengua escrita.

El problema de la redacción es un asunto de orden, de sucesión, de lógica. Logos, discurso, método. Las palabras dicen más o menos, según el

lugar donde se hallan. En materia de redacción, el orden de los factores sí altera el producto.<sup>4</sup>

Entre las cláusulas de Juan José hay dos que son variantes literarias de sus lecciones capitales: *I. Las mujeres toman siempre la forma del sueño que las contiene es una*; la otra, *V. Toda belleza es formal*.<sup>5</sup>

Conviene paladearlas y luego, compararlas con su preceptiva literaria:

Lo que importa es que cada texto cumpla con las leyes que él mismo plantea al empezar. Esto es, que cumpla el propósito de su autor. Y este propósito es bastante simple: lograr que los demás, uno o muchos, entiendan lo que el autor quiso decir. Desde su primera frase, el autor debe cumplir con esta ley implacable: el pensamiento claro va en línea recta hacia su fin. Y como la escritura es lineal, redacción y pensamiento deben consumir, paralelos, la rectitud.

“Al lenguaje debemos aprender a tocarlo. La frase, unidad básica de la redacción y del idioma, debe ordenar las palabras de la manera más adecuada para que quien las escribe exprese sus propósitos”.<sup>6</sup>

Juan José se aventuró a afirmar que como instrumento del espíritu, el lenguaje tal vez fuera el más aficionado, porque está en continua evolución y nadie puede detener su curso. “Es patrimonio de todos aquellos que lo hablan y lo escriben. Nada pueden

<sup>4</sup> Juan José Arreola, *Notas para un taller de redacción. Documento mecanuscrito inédito*.

<sup>5</sup> Juan José Arreola, “Cláusulas”, p. 81.

<sup>6</sup> Juan José Arreola, *Notas para un taller de redacción (documento mecanuscrito inédito)*, s/f.

contra él los gramáticos y los clásicos, aunque se atrincheren en las academias y en los salones universitarios”.

La lengua anda libre y suelta por las calles, en boca de los pueblos que la hablan y la perfeccionan a su antojo, porque ellos, los pueblos, han creado las lenguas. Y pueden modificarlas mientras les da la gana. Pero los que escribimos, debemos andarnos con cuidado: nunca debemos aceptar una palabra nueva, hasta que tenemos la certeza de que van a entenderla todos. Antes de hablar, debemos ponernos de acuerdo. Pan = pan y vino = vino.<sup>7</sup>

Estas impresiones arbitrarias, más sus propias reflexiones, dejan claro que Juan José fue solamente autor de su estilo y de su mito. De nada más que eso. El párrafo anterior prueba que su confesión melancólica de no haber tenido tiempo para ejercer la literatura, no la hizo por falsa modestia. No obstante, el mito de Juan José Arreola contiene suficiente densidad y brillo para proyectarse también sobre el milenio.

Julio de 2018

## Referencias

Arreola, Juan José, “Cláusulas”, en *Bestiario*, México, Joaquín Mortiz, 1972.

———, *Notas para un taller de redacción* (documento manuscrito inédito), s/f.

<sup>7</sup> Juan José Arreola, *Notas para un taller de redacción*, documento mecanuscrito inédito. s/f.